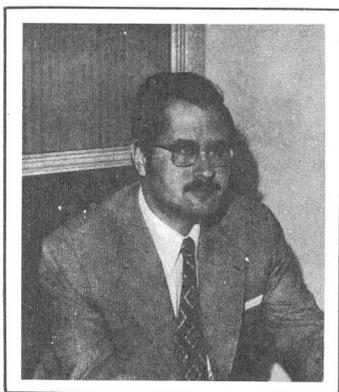


HACIA EL CONOCIMIENTO DE LO



PAULINO MONTESDEOCA

Con motivo de una ya lejana, aunque siempre actual, polémica sobre la posible incapacidad del hombre español para realizar tareas científicas o de investigación, Menéndez Pelayo intentó demostrar en el II Tomo de "La Ciencia Española" que existía una ciencia con caracteres originales y homogéneos propios de este país.

La preocupación del polígrafo cántabro se constituyó en vértice de lo que antes había sido el inicio de una larga discusión, que aún sigue, sobre la Universidad española y de lo que después sería aguda meditación en torno al modo de ser español para dedicarse a labores investigadoras.

En la apertura del curso académico 1857 - 58 el profesor Sanz del Río, a lo largo de su lección inaugural analizó y criticó la famosa ley de enseñanza, conocida por "Ley Moyano", acabada de promulgar, si bien su discípulo Giner de los Ríos, creador de "La Institución Libre de Enseñanza", ahonda con mayor densidad y afirma que la Universidad española no tiene vida porque nuestro ambiente tradicional no ha dejado florecer las ideas.

Sin embargo, Unamuno en los ensayos que publicara a partir de 1899 sobre la

"Enseñanza Superior en España" busca los elementos generadores de una auténtica reforma universitaria en lo esencial y castizo del país. El europeísmo, de Giner se torna "intraespañolismo" en el vasco salmantinizado y con su terrible exclamación: "¡que inventen ellos!" nos legó un sentido indiferente y negativo hacia el quehacer profesional y científico del hombre español en el campo de la investigación.

Ya en el año 1930 Ortega y Gasset en "Misión de la Universidad", con su estilo claro, profundo y equilibrado, enuncia como funciones cardinales del devenir universitario las tres siguientes: transmisión de la cultura, enseñanza de las profesiones e investigación científica, y educación de nuevos hombres de ciencia.

Más, la preocupación que hemos señalado para perfeccionar el ámbito universitario corre pareja con la reflexión que algunos pensadores hacen sobre el problema de la caracterización histórica de un pueblo, es decir de su modo colectivo de ser, de su propio estilo, conforme a su naturaleza, vivencias, razas, clima, etc. Américo Castro y Laín Entralgo, entre otros, han estudiado concienzudamente la estructura vital del ser español, su comportamiento diferencial con otros saberes y culturas; llegándose a la conclusión "generalmente aceptada" de que entre los rasgos del español se ha de resaltar el de su actitud ante la realidad sensible que no es puramente especulativa, teórica, cual los griegos y alemanes, sino poética, operativa, transformadora (pintura, poesía, literatura...).

Para Laín, sin embargo, es posible librarse de la fatalidad del determinismo biológico y síquico de nuestro pueblo al existir cantones individuales con actitudes vitales de excepción. Este es, precisamente, el problema que ha impedido el rápido desarrollo de las tareas investigadoras. España ha despertado

ENTO CANARIO



tarde al acontecer científico, su idiosincrasia está más acorde con lo imaginativo y creador que con lo erudito e intelectual, sólo una minoría ha roto esta actitud común, dentro de la cual por ser pilares sustanciales merecen particular mención: Don Eduardo de Hinojosa en la historia jurídica, Ramón y Cajal en las investigaciones histológicas y del sistema nervioso, Menéndez Pidal en los estudios filológicos e históricos, Torres Quevedo en la Física y Matemáticas, Codera en los estudios arábigos, Flores de Lemus en las Ciencias Económicas, García Moreno en la Historia del Arte. Estos hombres se forjaron solos; completamente aislados, sus materias primas de trabajo fueron nulas, sus antecedentes salvo excepciones fueron pobres.

Ahora bien, ¿los presupuestos que hemos sintetizado sobre el modo de ser español pueden ser válidos para el hombre canario?

Naturalmente que lo son, pero dada nuestra insularidad los rasgos son un tanto peculiares, puesto que el isleño estudioso e inquieto espiritualmente, debiendo centrar la motivación de su temática en torno a nuestras cuestiones singulares a causa de la desconexión con otras tierras y culturas por carecer de centros de rai-gambre académica, sin embargo le ha caracterizado vocacionalmente la misma sensación operativa de carácter literario que hemos referido para el hombre español en general, desdeñando lo puramente científico.

La dedicación del canario a tareas investigadoras ha sido realmente escasa e ínfima su aportación al contexto nacional. Pero, lo desconsolador ha sido la casi nula preocupación por analizar con rigor científico, fuera de superficialidades, cuestiones en los más diversos campos del ser insular. La exigua labor en este sentido ha sido casi siempre en solitario, por lo que aún están esperando

ser desentrañadas la historia, la geografía, la economía, la botánica, la sociología, la lingüística, etc., con la aportación de nuevos métodos y sistemas y que se refieran al ámbito insular.

Se hace imprescindible que a las islas se las conozca con seria autenticidad, desvelando sus misterios singulares, para lo cual ha de fomentarse la labor de centros y equipos de investigadores que creen escuela para que, a su vez, siembren el entusiasmo por el conocimiento de lo que interesó no obstante a extranjeros de la talla científica de Webb, Berthelot o Verneau.

La independencia, humildad y seriedad científica han de integrar esta inquietud. Que al archipiélago sólo lo conozcan los de fuera y aún mismo los de dentro con emoción sensiblera y "folklórica" es lo que debe evitarse; haciendo objeto central de los estudios aquellos que aborden nuestros temas propios, pues está comprobada la escasez bibliográfica sobre los asuntos de las islas hasta el punto de que la historia más reciente de las mismas no ha salido todavía de los periódicos.

Y si Platón decía que se podía saber de las cosas de dos maneras: por un saber vulgar sin reflexión y por otro sensible, reflexionando y pensando sobre ella, con esta última intención platónica, es como ha de dirigirse toda la preocupación cultural de las islas para ir delimitando sus perfiles esenciales, todo lo que auténticamente son; desechando tanta trivialidad externa que nada define ni permanece, porque la mejor forma de coadyuvar al progreso de esta tierra es conociéndola con hondura reflexiva, íntegra y plena.